

JJ BENÍTEZ

ESTÁN AQUÍ



¿Qué ocultan los militares sobre los ovnis?

 Planeta

ESTÁN AQUÍ

¿Qué ocultan los militares
sobre los ovnis?

J. J. Benítez

GÜINES

La primera información sobre este caso me la proporcionó Virgilio Sánchez-Ocejo, uno de los investigadores ovni más prestigiosos del mundo. Después, en una de mis visitas a Cuba, pude redondear la información.

Sucedió en la primavera de 1930 (no logré aclarar la fecha exacta). Los familiares y amigos de Manuel Álvarez, capitán de la marina de guerra de la isla de Cuba, recordaban muy bien lo sucedido aquella madrugada, cuando Álvarez regresaba a La Habana por la carretera de Güines.

—De pronto —explicaron— el auto iluminó a alguien... Estaba tendido en mitad del piso...

El chófer que conducía el vehículo paró el carro. Y el capitán descendió del auto. Se aproximó cauteloso y llegó a desenfundar su arma reglamentaria.

—Al principio —prosiguieron los familiares— pensó que se trataba de un niño...

—¿Por qué?

—Era alguien muy pequeño. No mediría más de tres pies de altura (un metro, aproximadamente).

—¿Y qué sucedió?

—Manuel se extrañó. ¿Qué hacía un niño en mitad de la carretera y a esas horas?

El capitán, como digo, fue aproximándose al supuesto niño y, al llegar a su altura, quedó perplejo. El niño no era tal. Se trataba de un hombre de enorme cráneo y brazos muy largos, con las manos por debajo de las rodillas. La estatura, en efecto, no superaba el metro.

—Parecía muerto... Manuel intentó moverlo, pero no pudo. Pesaba como el plomo.

—¿Estaba vivo?

—Lo ignoramos.

La cuestión es que, al no poder levantarlo, el capitán solicitó la ayuda del cabo que conducía el vehículo oficial. Lo intentaron entre los dos pero el resultado fue el mismo: el hombrecito continuó sobre el asfalto, como muerto.

—¿Cómo vestía?

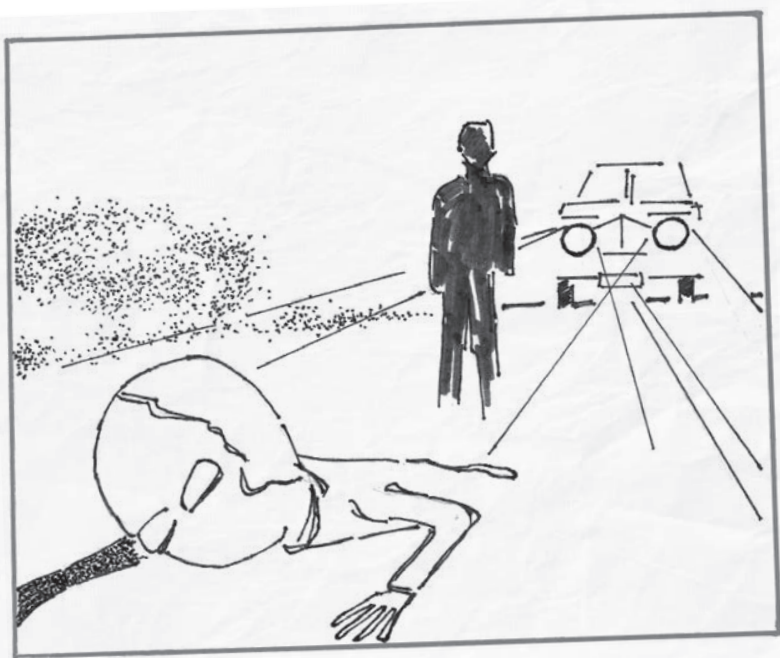
—Con una especie de buzo, muy ajustado al cuerpo. Las manos presentaban solo cuatro dedos, sin pulgares.

—¿Y qué hicieron?

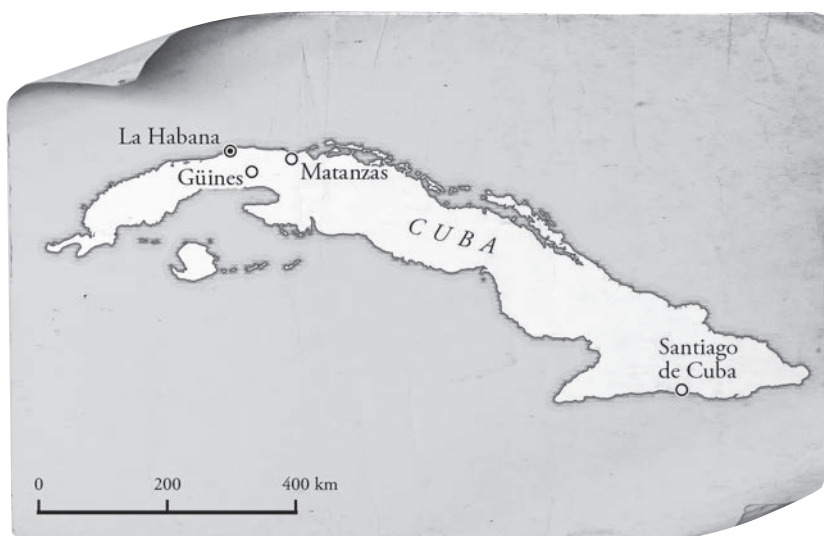
—Montaron en el auto y se alejaron del lugar.

Al día siguiente, el capitán retornó al paraje en cuestión, acompañado por un grupo de soldados. Pero la extraña criatura había desaparecido. Registraron el lugar y, muy cerca, hallaron una zona calcinada. Formaba un enorme círculo, de unos veinte metros de diámetro. El pasto aparecía aplastado.

El capitán redactó un informe. Hoy continúa clasificado como secreto.



Cuba: el «niño» pesaba como el plomo. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.



CHINA

Información facilitada por Alfonso Salazar Mendoza, investigador ovni mexicano:

En 1945 (no dispongo de la fecha exacta), el comandante Charles Lane pilotaba un avión norteamericano. Se dirigía desde China a la India. Al alcanzar una cordillera, Lane y su copiloto quedaron desconcertados. De pronto, en mitad del cielo azul, apareció un enorme disco de color blanco. El avión se hallaba a siete mil metros de altura. El objeto se aproximó a gran velocidad y fue a situarse por encima del avión. Los pilotos calcularon que la nave superaba los trescientos metros de diámetro. En esos instantes, los instrumentos fallaron: «Todo se volvió loco», explicó el comandante en su informe.

El piloto apagó los motores y, ante la sorpresa de los aviadores, el avión permaneció inmóvil en el aire, como sustentado por el ovni.

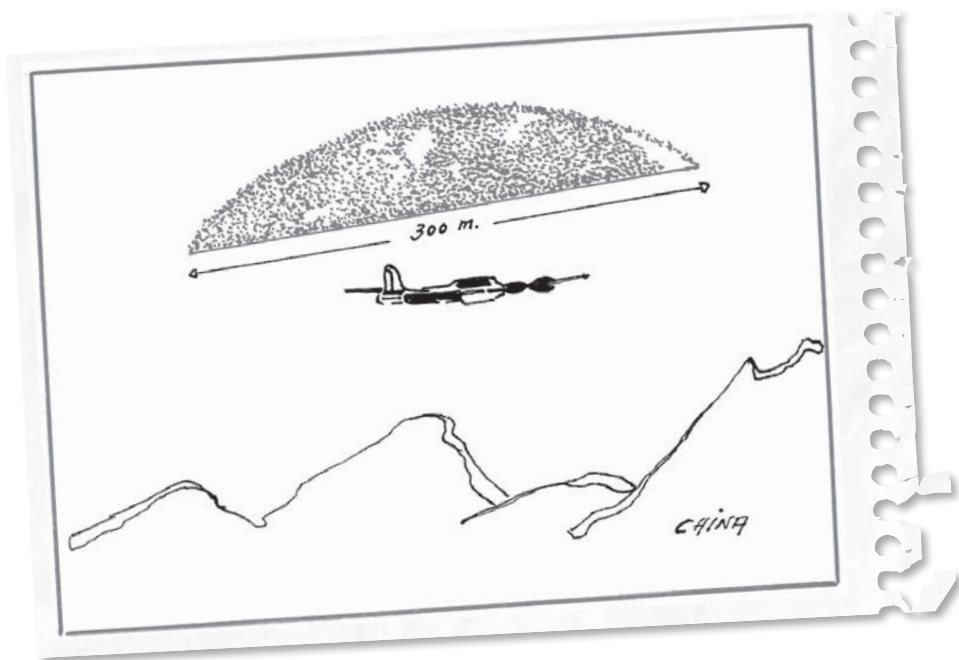
«Fueron momentos de gran tensión», aclaró Lane.

Segundos después, el disco se alejó y el avión recuperó la normalidad.

El informe de los pilotos fue clasificado como «alto secreto».

En una de mis investigaciones en Brasil tuve conocimiento de un caso relativamente parecido. Prometí no revelar la identidad del piloto. He aquí lo narrado por H. M.:

«Esa mañana de enero de 1986 participé en unos ejercicios rutinarios... Ascendí con mi F-5 hasta un nivel de 10.000 pies (algo más de 3.000 metros)... El tiempo era espléndido... Visibilidad ilimitada... Y, súbitamente, los vi aproximarse... Eran dos discos de unos quince metros de diámetro cada uno... Se situaron en la cola de mi caza... Yo no daba crédito a lo que veía... Mi compañero también los vio... Y lo mismo sucedió con el radar, tanto de los aviones como en el de tierra... De pronto, uno de los discos fue a posicionarse sobre mi F-5... Calculo que se situó a cinco metros... Y los motores fa-



1945: gigantesco ovni sobre China. Cuaderno de Campo de J. J. Benítez.

llaron... Me quedé sin gas y sin instrumentos... La carlinga, entonces, se abrió, los cinturones se soltaron, y me vi absorbido hacia lo alto... No podía creerlo... Después perdí el conocimiento... Cuando lo recuperé me encontraba de nuevo sentado en el caza, con los cinturones abrochados... Y los motores y el instrumental volvieron a la normalidad...».

H. M. jamás supo qué había sucedido. El avión aterrizó poco después. Los informes de los pilotos nunca fueron desclasificados. Según mi informador, se trata de uno de los casos más desconcertantes de la ufología. El caza permaneció en el aire —presumiblemente sustentado por el ovni— por un espacio de diez a quince minutos. Naturalmente, como digo, los militares guardaron absoluto silencio. Varios extranjeros —de paisano— interrogaron a H. M. durante una semana (probablemente agentes de la CIA norteamericana).

LA JOYA

Recibí la información en 2007, durante una visita a Lima. Un alto jefe de la Fuerza Aérea Peruana me invitó a almorzar. Hablamos durante tres horas. Fue en esa reunión cuando me reveló un par de asuntos confidenciales.

Primero. En 1980, un objeto volante no identificado había permanecido durante dos días en la vertical de la base aérea de La Joya, cerca de la ciudad de Arequipa. El ovni era circular y metálico. Brillaba con gran intensidad. Permaneció muy alto, sin moverse. Lo vio toda la base. Y fue captado en las pantallas de radar. Pues bien, los militares peruanos discutieron. ¿Lanzaban un misil contra la nave? Finalmente olvidaron la idea. Según mi confidente, los proyectiles —de fabricación rusa— eran muy caros: a razón de dos millones de dólares por unidad. Y el ovni siguió en lo alto. Nadie le molestó...

Segundo. Desde el final de la segunda guerra mundial (1945), todos los comandantes generales de las fuerzas aéreas de América se reúnen cada dos o tres años, bajo el para-

guas de Estados Unidos. Objetivo: intercambiar información sobre el fenómeno ovni. Solo Cuba ha permanecido ausente. El comité de generales recibe un nombre: CONGEFAMER (Comisión de Generales de las Fuerzas Aéreas Americanas). En esas reuniones —todas secretas— se da cuenta de los casos más sobresalientes de avistamientos, aterrizajes, y encuentros con los tripulantes de ovnis. El Pentágono, naturalmente, corre con todos los gastos. A cambio de la información, el general de turno recibe diferentes «favores» por parte de los norteamericanos.

ROSWELL

En julio de 1947 yo tenía once meses de edad. Demasiado pronto para investigar... En esas fechas —entre el 2 y el 7 del referido mes de julio— un objeto volante no identificado se estrelló en un desierto de Nuevo México (USA), en las proximidades de la pequeña población de Roswell. Algunos hablaron de dos discos estrellados.

Pues bien, las criaturas y los restos de las naves fueron trasladados por los militares norteamericanos a diferentes bases. Y allí se procedió a su estudio.

En un primer momento, el coronel William Blanchard, del grupo de bombarderos 509 de la base de la Fuerza Aérea en Roswell, autorizó la difusión de un comunicado en el que se aseguraba que «se habían recuperado los restos de un disco volador». Al poco, la propia Fuerza Aérea Norteamericana desmentía la noticia, afirmando que los restos pertenecían a un globo experimental.

A partir de esos momentos, los militares USA iniciaron una febril carrera para tratar de utilizar la tecnología hallada en la nave o en las naves accidentadas. Por cierto, siempre pensé que el ovni o los ovnis estrellados en Nuevo México fueron precipitados contra el desierto (o hechos explotar en el aire) por ellos mismos (los extraterrestres). Pero esta es otra cuestión...

Y, lentamente, fue apareciendo en la sociedad una serie de inventos de especial trascendencia: la fibra óptica, los compuestos cerámicos, el chip (circuitos integrados), visión nocturna, superaleaciones, transistores, tecnología digital, sistemas antigравedad y un largo etcétera.

En 1972 me estrené en la investigación ovni. Y el asunto «Roswell» me atrajo desde el primer momento. E inicié las pesquisas en absoluto silencio. Localicé a testigos del incidente, estudié el caso hasta donde fue posible, y conversé con numerosos militares. El testimonio de uno de los testigos me impactó especialmente. Lo llamaré G. F. He aquí una síntesis de lo vivido por G. F. en julio de 1947, cuando contaba seis años de edad:

—Mi familia llegó a Albuquerque en esas fechas, julio de 1947. Nos alojamos en la casa de un tío. Mi padre se disponía a trabajar como jefe de máquinas en un complejo militar para la fabricación de bombas atómicas, en la base de Sandia, muy cerca de Albuquerque. La cuestión es que, uno de esos días, a principios de julio...

—¿Recuerda la fecha exacta?

—Pudo ser el 2 de julio, pero no estoy seguro... Como le decía, otro tío mío habló a uno de mis hermanos de las ágatas existentes en el desierto, muy cerca. Y mi hermano Glen, que coleccionaba minerales, se entusiasmó. Así que, al día siguiente, montamos en un Plymouth de 1940 y marchamos hacia el desierto.

—¿Recuerda quiénes viajaban en el coche?

—Mi tío Ted, el que sabía de las ágatas; Glen, mi hermano; un primo llamado Victor (de ocho años); mi padre y yo.

—¿Y qué pasó?

—Llegamos a una hondonada, en pleno desierto. Allí dejamos el carro y seguimos a pie por el cauce de un río seco.

—¿Qué hora podía ser?

—Temprano. Quizá las ocho de la mañana. Hacía rato que había amanecido.

Y G. F. prosiguió:

—Pues bien, al salir de un recodo del camino nos encontramos con algo muy raro. Un disco metálico aparecía empo-

trado en la falda de una pequeña colina. Los adultos empezaron a gritar. Y decían: «¡Es una nave espacial!». Corrimos hacia el lugar y vimos a varias criaturas. Tres estaban en el suelo, a la sombra del aparato. Dos parecían muertas. No se movían. Una tercera respiraba con dificultad. Muy cerca distinguimos a un cuarto ser. Se hallaba sentado en el suelo. Al vernos retrocedió, asustado.

—¿Cómo eran las criaturas?

—Parecían niños. No medirían más de un metro. Las cabezas eran grandes y desproporcionadas respecto al cuerpo. Los ojos eran negros y almendrados.

—¿Y el disco?

—Calculé unos veinte metros de diámetro. Lo toqué en varias ocasiones. Era frío, muy frío.

—¿Recuerda el nombre del paraje?

—Lo llamaban los llanos de San Agustín.

—Prosiga, por favor...

—Mi padre y mi tío intentaron comunicarse con la criatura que se había echado hacia atrás. Querían ayudarle. Le hablaron en inglés y en español pero no respondió. Y en esas estábamos cuando se presentaron en el lugar seis personas a caballo. Eran arqueólogos o algo así. Dijeron que la noche anterior habían visto caer un meteorito sobre este lugar y decidieron echar un vistazo. También trataron de comunicarse con la criatura, pero no lo consiguieron.

Y a eso de las doce —según G. F.— el calor en el desierto se hizo insoportable.

—Me refugié a la sombra del disco. Allí se estaba bien. Como le digo, la nave parecía una nevera. Entonces toqué a uno de los seres. Tenía el cuerpo helado... Y al poco vimos llegar una camioneta. El tipo se acercó, contempló el disco y a las criaturas y se puso a discutir con mi familia. ¿Qué debían hacer? ¿Avisaban a los militares? Yo me aproximé de nuevo al ser que permanecía de pie y experimenté algo muy extraño.

El testigo me miró, buscando mi comprensión. Le animé a seguir.

—La criatura —continuó G. F.— me dirigió una mirada y noté todo su miedo. No sé cómo explicarle... Se apoderó de mi mente y percibí su terror y su infinita soledad. Sentí cómo se derrumbaba. Sentí su impotencia y su decepción. Y una voz, en mi cerebro, sonó fuerte y clara: «Traición».

—¿En qué idioma?

—En inglés.

Obviamente —eso pensé—, la criatura sí conocía el idioma de G. F. Que no se quisiera comunicar con el padre y el tío de mi informante era otra cuestión...

—... Entonces —prosiguió el testigo— llegaron los soldados. Al verlos, la criatura se volvió loca...

—¿Qué quiere decir?

—Corría de un lado para otro, agitando los brazos. Después dejé de verla.

—¿Por qué?

—Los soldados, pistola en mano, rodearon el disco y nos obligaron a retroceder. Yo no sabía qué estaba pasando... Mi familia gritaba y discutía con los soldados. El asunto se puso muy violento. Mi tío Ted terminó dándole un puñetazo a uno de los soldados. Entonces aparecieron un capitán y un sargento. El primero era pelirrojo y muy violento. El segundo era negro. Y, de malas maneras, nos obligaron a marcharnos. Dijeron que trabajaban en la base de Sandia y que «aquello» era un avión secreto. No debíamos hablar con nadie de lo que habíamos visto; de lo contrario lo pagaríamos...

—¿Hubo alguna amenaza concreta?

—Gritaron que nosotros, los niños, seríamos separados de nuestras familias, y para siempre.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Nos retiramos. Después, con el paso del tiempo, caí en la cuenta de algo: aquellos soldados no parecían asombrados ante la presencia del disco y de las criaturas. Eso no era normal, a no ser que...

—¿Qué?

—Sencillamente, ellos sabían de qué se trataba. Después, desde lo alto de la colina, vimos llegar camiones y camiones. Había cientos de soldados. Los aviones aterrizaban en la vie-

ja carretera, y montaron una estación de radio. También vimos muchas ambulancias.

—Dijeron que fue un globo meteorológico...

G. F. se echó a reír.

—Si fue un globo, ¿por qué enviaron a un batallón, armado hasta los dientes? ¿Y por qué aterrizaron aviones en aquella pésima carretera? ¿Qué sentido tenían las ambulancias? ¿Es que se trataba de un globo tripulado? Todo falso. Los militares mintieron y ocultaron la realidad: aquello fue una nave espacial.

—¿Qué cree usted que sucedió? ¿Por qué se estrelló la nave?

—A juzgar por la brecha que presentaba el disco es como si hubiera chocado con algo en el aire. Quizá con otro disco. Mi teoría es: una de las naves explotó y los restos se esparcieron cerca de Roswell. El otro objeto terminó cayendo en el lugar donde lo encontramos.

—Dice usted que se sentó al pie del disco. ¿Observó el interior de la nave?

—Sí, había muchas luces de colores... Parpadeaban, pero no supe qué era.

—¿Vio más criaturas en el interior?

—No, solo luces e instrumentos.

—¿Qué fue lo que más le llamó la atención de las criaturas?

—Como le dije, parecían niños. No tenían labios y las manos presentaban cuatro dedos largos, sin pulgares.

Continué las pesquisas y comprobé que, antes y después de esos primeros días de julio de 1947, otros testigos vieron ovnis en las regiones próximas a Roswell y en el resto de los Estados Unidos.

El 24 de junio se registró el célebre caso de Kenneth Arnold. Kenneth montó en su avioneta en el aeropuerto de Chehalis, en el estado de Washington, con intención de dirigirse a la ciudad de Yakima. La caída de un avión de transporte de la Marina retrasó el vuelo de Arnold. Y a las dos de la tarde, el piloto despegó con rumbo al monte Rainer. Rastreó la zona, a la búsqueda del avión siniestrado, pero no encontró nada. Des-

cendió hacia la ciudad de Mineral y regresó de nuevo al Rainer. Fue allí donde observó una singular formación de objetos redondos. En total: nueve discos blancos y brillantes. Se deslizaban a gran velocidad, de norte a sur, y a 9.500 pies de altitud (2.895 metros). Cada poco, varios de los ovnis modificaban su rumbo, provocando intensos destellos. En sucesivas declaraciones, Arnold explicó que «los objetos se movían como platos lanzados sobre la superficie del agua». Y quedó acuñado el término «platillo volante». Arnold quedó tan impresionado con lo que vio que el 12 de julio (1947) dirigió una carta al comandante en jefe de la base aérea de Wright Field Dayton (Ohio):

«Estimado señor: tiene usted mi permiso para citar, dar o imprimir mi escrito e informe sobre los nueve extraños aparatos que observé el 24 de junio en las montañas del estado de Washington. El informe, tal y como lo había solicitado, lo envié hace unos días. Es lamentable que no pueda proporcionar usted explicación a estos aparatos, pues estaba convencido de que pertenecían a nuestro Gobierno. No parecían tener la intención de hacer daño, pero utilizados como instrumentos de destrucción en combinación con nuestra bomba atómica podrían destruir la vida en nuestro planeta. El capitán ----, el copiloto y yo hemos comparado nuestras observaciones con todos los detalles posibles y hemos llegado a la conclusión de que hemos visto el mismo tipo de aparato en cuanto a tamaño y forma. No lo hemos tomado a la ligera. Nos preocupa seriamente, pues estamos tan interesados como usted en la seguridad de nuestra nación. Kenneth Arnold. Boise (Idaho). Licencia de piloto ----».

La respuesta de la Fuerza Aérea Norteamericana dejó perplejo a Kenneth Arnold: «... La observación se debió a un espejismo».

El 1 de julio de 1947, cientos de testigos observaron el paso de varias formaciones de ovnis sobre la zona de Trail Creek, en Idaho. El FBI investigó el asunto pero fue archivado como «alto secreto».

El 7 de julio (1947), cinco policías de Portland, en Oregón, fueron testigos de media docena de discos voladores que evolucionaron sobre la ciudad. El suceso tuvo lugar a las 13 horas. El tiempo era bueno. Ese mismo día, otra nave discoidal fue vista en Phoenix (Arizona). Un vecino llamado William Rhoads consiguió dos fotografías. Las imágenes fueron incautadas por la Fuerza Aérea.

El 10 de julio de ese año, el señor Wooddruff, mecánico de la compañía Pan-American, fue testigo del paso de otro ovni circular que se desplazaba a gran velocidad sobre los campos de Harmon (Newfoundland). El objeto presentaba una larga cola. El ovni fue fotografiado por otros empleados de la Pan-American. Las imágenes fueron igualmente requisadas por la Fuerza Aérea.

El 4 de agosto (1947), la tripulación de un DC-3 que volaba cerca de Bethel, en Alaska, se vio sorprendida por un enorme objeto circular y metálico, de unos cien metros de diámetro. El DC-3 intentó perseguirlo, pero el ovni desapareció «a una velocidad increíble». Los pilotos fueron obligados por la Fuerza Aérea a guardar silencio.

El 12 de noviembre de 1947, cuando el petrolero *Tinderoga* se encontraba a veinte millas de las costas de Oregón, la tripulación vio pasar —a baja altura— dos discos plateados que arrojaban sendas colas de fuego. El segundo oficial calculó que los objetos se desplazaban a casi 2.000 kilómetros por hora. La tripulación fue interrogada por la Fuerza Aérea y el FBI. Los informes nunca salieron a la luz.

Y continué las pesquisas...

En marzo de 1974, siendo redactor de la desaparecida *Gaceta del Norte* (Vizcaya, España), tuve la oportunidad y la fortuna de entrevistar a Werhner von Braun, el hombre que hizo posible que pisáramos la luna. Le caí bien y mantuvimos la amistad durante dos años. Hablamos mucho de ovnis. Werhner era un convencido de la vida extraterrestre. Y tenía razones de peso para creer en ello... En cierta ocasión le pregunté:

—¿Qué sabes de la nave, o naves, que se estrellaron en Roswell?

Me hizo prometer que no revelaría sus palabras hasta después de su muerte. Se lo juré. Von Braun falleció el 16 de junio

de 1977. Un sospechoso cáncer se lo llevó al otro lado... Y digo «sospechoso» porque Werhner se había opuesto al bombardeo de los edificios descubiertos en la luna por el proyecto «Apolo». ¿Fue asesinado? Probablemente...

—Yo vi esa nave estrellada —me confirmó Von Braun—. Sucedió en una visita a una base, en las proximidades de la ciudad de Tampa, en la costa oeste de Florida. Allí están también las cuatro criaturas que la pilotaban. Todas muertas.

— ¿Cómo son esas criaturas?

—De enormes cráneos y pequeña estatura. No llegan a un metro. Son cíborgs. Es decir, robots orgánicos.

Y Von Braun entró en detalles:

—Según las autopsias carecen de aparatos digestivos y reproductores. Son máquinas vivientes. Piensan como un humano, pero no son humanos. Son los soldados perfectos.

Para mí fue otro testimonio decisivo. Von Braun jamás inventaba.



Juanjo Benítez y Von Braun en marzo de 1974.
(Foto: Fernando Múgica.)

En 1997 supe de la publicación de un libro que me dejó igualmente perplejo. Se titulaba *The day after Roswell* («El día después de Roswell»). Autor: Philip J. Corso, coronel retirado del Ejército norteamericano. Corso trabajó en el Pentágono en los años cincuenta y allí recibió una secreta misión: intentar desarrollar la tecnología hallada en la nave o naves estrelladas en Roswell y en los llanos de San Agustín, en Nuevo México. Para ello seleccionaron a empresas privadas como IBM, ATT, RCA y SAMOFF, entre otras, y les entregaron piezas extraídas de los objetos accidentados.

Me hice con un ejemplar de *El día después de Roswell*, lo leí, asombrado, y me puse en contacto con el autor. Corso respondió amablemente, me devolvió el libro —dedicado— y contestó a algunas de mis preguntas (no todas):

—La estrategia —aseguró— no fue complicada... Hicimos creer a las empresas y a los laboratorios privados que las piezas entregadas habían sido confiscadas a los nazis... Fue así como «descubrieron» la fibra óptica, los chips, el láser y otros inventos que terminarían por revolucionar el mundo.

—Usted, en su libro, asegura que vio el cuerpo de uno de los alienígenas de Roswell...

—Así es. Entré en un hangar y lo vi. Se hallaba cubierto de hielo.



El coronel Corso.
(Gentileza de la familia.)

—¿Cómo era?

—Pequeño. No medía más de tres pies (un metro). El cráneo era enorme. Tenía los ojos abiertos. Eran grandes, negros, y achinados. Vestía una especie de mono o buzo muy ajustado, con un cuello alto. La nariz eran dos orificios. Casi no presentaba boca. Las orejas eran como las nuestras, pero muy bajas. Las manos presentaban cuatro dedos largos, sin pulgares.

En una de las comunicaciones, Corso me ofreció más datos:

—Sabemos que esas criaturas eran cíborgs...

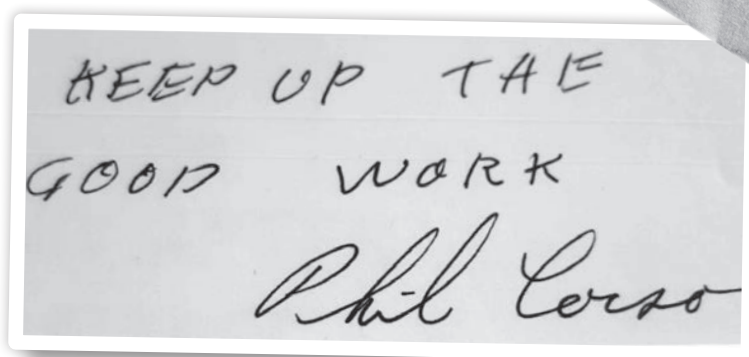
Y recordé el testimonio de Von Braun.

—... Sus mentes eran tan poderosas que podían pilotar la nave con el cerebro. No se encontraron palancas o sistemas mecánicos de pilotaje.

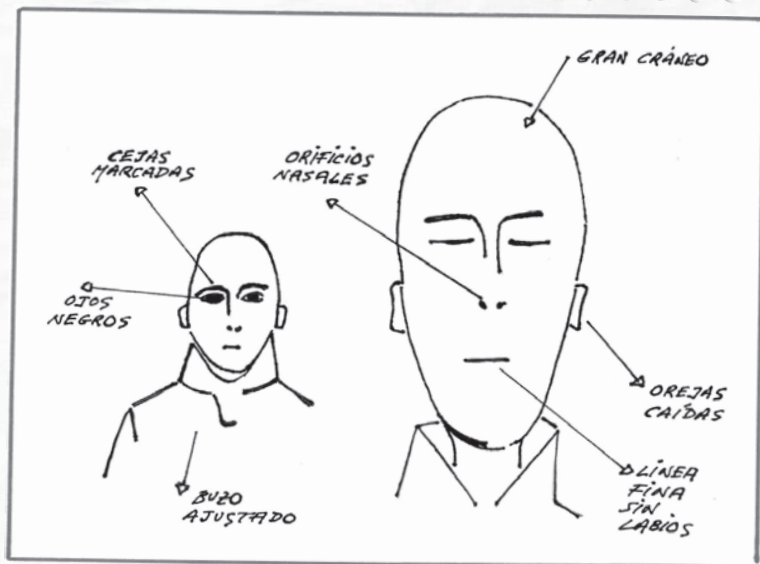
Corso reconoció que una de las naves se encuentra en los subterráneos de la base aérea de Tampa, en Florida.

El 16 de julio de 1998, al año de la publicación de su libro, el audaz coronel Corso sufrió un súbito y no menos sospechoso ataque al corazón. Fallecía a las once de la mañana. Tenía ochenta y tres años. ¿Fue una muerte casual? Lo dudo...

En esas fechas, uno de los hijos de Corso —Philip Corso Jr.— hizo pública una declaración que confirmó mis sospechas: «Mi padre fue asesinado. Sabía demasiado... Hoy es fácil provocar un infarto».

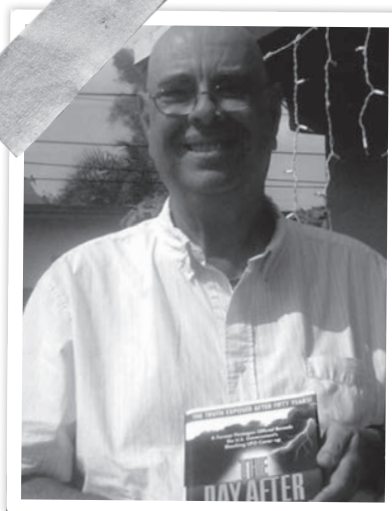


Dedicatoria de Corso: «Continúa haciendo buen trabajo».



**Criatura capturada en Roswell, según el coronel Corso.
Cuaderno de campo de J. J. Benítez.**





Virgilio Sánchez-Ocejo, testigo de la conversación con Philip Corso Jr. (Foto: Blanca.)



Philip Corso Jr.: «Mi padre fue asesinado». (Gentileza de la familia.)

Tuve suerte. Antes de fallecer, el coronel Corso me proporcionó una valiosa pista sobre el caso «Roswell». Algo inédito. Eso dijo. Se llamaba Amada (nombre supuesto). «Es importante que hables con ella —insistió Corso—. Fue testigo de algo interesante». Y ahí quedó el asunto.

El 2 de septiembre del año 2000 vivíamos en Atlanterra, una urbanización de Tarifa (Cádiz, España). Esa mañana, hacia las doce y media, llamaron a la puerta unos amigos y vecinos: José María Borrell, dentista; Beatriz, su mujer; Mamen, hermana de Borrell, y el marido de ésta, Danny L. Wilson, norteamericano y, según supe después, oficial retirado del Servicio de Inteligencia de la Armada USA. Almorzamos y conversamos sobre trivialidades. Pero, al final de la charla —cómo no—, salió el tema ovni. Borrell preguntó por mis últimas investigaciones y les hablé de Roswell. Quedaron asombrados. Mejor dicho, todos mostraron perplejidad menos Danny. Me miró muy serio y soltó, de pronto:

—Esos cadáveres no están en la base de Wright-Patterson, en Dayton, Ohio.

Esta vez fui yo quien escuchó, desconcertado. ¿Qué sabía el norteamericano sobre aquel asunto? Y añadió con una seguridad que no dejaba lugar a la duda:

—Los restos de esos alienígenas se encuentran en Tampa, en una base de alta seguridad.

Tampa es una ciudad de la costa oeste de Florida.

La manifestación de Danny Wilson coincidía con las versiones de Von Braun y de Corso. No había duda: las criaturas no humanas de Roswell se hallan (o hallaban) en Tampa.

Naturalmente pregunté:

—¿Cómo sabes eso?

Danny sonrió con desgana y se limitó a guardar silencio. Como digo, minutos después, cuando nos despedíamos, Mamen me susurró que su esposo había pertenecido a la Inteligencia de la Navy, uno de los servicios más eficaces de Estados Unidos. En otras palabras: sabía de qué hablaba.

Dos años más tarde volví a encontrarme con Danny Wilson. Leo en el correspondiente cuaderno de campo:

«... 2 de julio de 2002, martes. A las 17:30 horas recibimos en “Abba” (Atlanterra) a Borrel, el dentista, y a su hermana Mamen. Les acompañan Danny y Juan Carlos Borrell, hermano del dentista, así como Pepi, mujer de este último. Nos sentamos en la terraza, tomamos cerveza y güisqui, y hablamos hasta las 22:30.

Al principio, Danny Wilson permanece mudo. Solo escucha y bebe güisqui.

Hace poco que hemos regresado del desierto argelino de Tassili N'Ajer y les hablo de las pinturas rupestres. Más de cinco mil. Muestro algunas fotos y reconocen que son o parecen astronautas. Pero ¿astronautas en la Edad de Piedra? Y del asunto de Tassili pasamos al “lucerrillo”,¹ la extraña y pequeña esfera de piedra que fue lanzada a los pies de un testigo, en Los Villares (Jaén, España), en julio de 1996. Les hablo de la nave, de los símbolos que aparecían en la cúpula (IOI),

1. Amplia información sobre el «lucerrillo» en *Ricky-B* y «El anillo de plata» (*Planeta encantado*). (Nota del autor.)

y de los tres seres que vio Dionisio Ávila, el referido testigo». En esos instantes, al hablar del “IOI”, Danny Wilson interviene. Me arrebató el cuaderno de campo y examina los dibujos. Parece alterado. Y pregunta sobre los signos que presentaba la cúpula del ovni. Le digo lo que sé.

Wilson guarda silencio; un incómodo y significativo silencio.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mamen, su esposa—. ¿Conoces esos símbolos?

Danny dice que sí, que los ha visto, pero se niega a proseguir la conversación.

—¿En España? —presiono.

Wilson dice que no con la cabeza.

—¿En Estados Unidos?

El exagente de Inteligencia guarda silencio. No dice que sí, pero tampoco lo niega. Y deduzco que ha visto el «IOI» en USA. Pero ¿dónde?

No logramos que hable. Y la conversación prosigue. Comento el asunto de los edificios en ruinas encontrados por los astronautas en la luna. Wilson palidece. Y pregunta, nervioso:

—¿Cómo sabes eso?

No tengo tiempo para responder. Mamen se adelanta e interroga a su marido:

—Y tú, ¿qué sabes de eso? Wilson retrocede:

—Material clasificado... No puedo hablar de ese tema.

—Pero, hombre —suplica la mujer—, estamos entre amigos...

Wilson no cede. Está bien entrenado:

—Material clasificado...

La conversación, después, discurrió por otros derroteros».

Dejé pasar el tiempo y me dediqué a otras investigaciones. Pero en septiembre de 2012 tomé la decisión de visitar a Philip Corso Jr. En esta ocasión nos acompañó Virgilio Sánchez-Ocejo. Y el 22 de septiembre, sábado, nos dirigimos a Fort Pierce, al norte de Miami, en USA. Nos alojamos en el hotel Hampton. Allí quedamos con el hijo de Corso. Y a las 15 horas empezamos a conversar. Regreso al cuaderno de campo:

«... Impresión general: dudo de lo que dice... Afirmar que su padre, el coronel, dejó una maleta llena de documentos sobre el asunto “Roswell”... Asegura que, entre esos papeles, hay pruebas sobre las mentiras del FBI y de la USAF respecto al fenómeno ovni... Dice que no fueron dos, sino tres, los discos estrellados... Dice que el proyecto “Libro azul”, de la USAF, para investigar los platos voladores, sigue activo, aunque trabajan en el más riguroso secreto... Dice que la CIA lo sabe todo sobre ovnis... Y lo sabe desde su fundación, en 1947... Cada año le llegan cientos de comunicados de todo el mundo sobre apariciones y aterrizajes de estas naves “no humanas”... En esto estoy de acuerdo con Corso hijo... Dice que el FBI miente cuando afirma “que la investigación de los objetos volantes no identificados no ha sido un asunto que está dentro de la jurisdicción investigadora del FBI”... Totalmente de acuerdo con Philip Corso Jr.... El hijo del coronel consulta una libreta y dice que, solo en 1952, la Fuerza Aérea Norteamericana reunió más de dos mil casos ovni... A partir de ese año (1952), la CIA dio prioridad a la investigación ovni... Y afirma que toda esa documentación es “alto secreto”... “El contribuyente americano —dice Corso Jr.— es un pardillo”».

De pronto se detiene, me observa en silencio, y proclama:

—Me gusta tu aura... Es azul y enorme.

Virgilio y yo nos miramos, desconcertados.

—Si lo deseas —prosigue el hijo del coronel—, podemos escribir un libro juntos... Tengo mucha información no publicada.

No sé qué decir ni qué pensar. Finalmente puntualizo:

—Primero tendría que leer esos papeles...

Corso dice que sí. Y sigue la perorata:

—... Mi padre fue asesinado... Su salud era excelente... Ellos saben que tenía información confidencial y comprometida...

—¿Ellos? —le interrumpo—. ¿Quiénes son ellos?

—El Pentágono y los Servicios de Inteligencia...

La esposa, que nos acompaña en la conversación, asiente y declara:

—Su corazón era fuerte. Alguien provocó el primer infarto...

Y Corso Jr. continúa:

—Mi padre enterró una cápsula en Roswell, con documentos y pruebas... Pero no puede ser abierta hasta el año 2047... Y le diré más: esas naves estrelladas procedían del futuro... A raíz del encuentro con la criatura que contempló en el hangar, a mi padre se le despertaron poderes paranormales... Veía el aura de la gente... Veía el futuro... Yo he heredado esa virtud...

—¿Usted ve el futuro? —preguntó Virgilio.

—Sí...

—¿Y cuál es?

—Espantoso... No puedo decirle más.

Corso hijo aseguró también que los militares norteamericanos habían llegado a la luna diez años antes que la NASA.

—Cuando Armstrong regresó a la Tierra —aseguró Corso—, se enfrentó al jefe de NASA y le dijo: «Nosotros hemos montado en bicicleta en la luna y los militares en Ferrari...».

Sinceramente, abandonamos Fort Pierce con más dudas de las que teníamos al llegar...

Y dirigí las pesquisas en otra dirección. Yo sabía que el caso «Roswell» no estaba cerrado. Como dije, el coronel Corso me había proporcionado una buena pista sobre un testigo. La calificó de «interesante».

Pues bien, durante varios meses me dediqué a buscarla. Rastree los estados de Nueva York, Texas, Minnesota y California.

Y los cielos tuvieron piedad de este pecador...

Finalmente la localicé.

Amada (nombre supuesto) es una mujer bella, sensible y desconfiada. Había trabajado como ingeniera aeronáutica. Su currículum es impresionante. Me recibió, pero se negó a hablar de Roswell. No tuve más remedio que resignarme y esperar. Cada año acudía a Estados Unidos, la visitaba, y le hacía la misma pregunta:

—¿Qué sabes de Roswell?

Ella sonreía y cambiaba de tema. Pero en 2012, quizá cansada de tanta persecución, aceptó contarme lo que sabía con una condición...

Dije que sí, sin saber.

—Bajo ningún concepto deberás revelar mi identidad, ni proporcionarás pistas sobre mi lugar de residencia.

Le di mi palabra.

Nos reunimos en cinco oportunidades y grabé las conversaciones. Diez horas en total. De ese material he extraído una síntesis:

—Sucedió en el verano de 1995 —explicó Amada—. Yo me hallaba destinada en California, en una base especializada en experimentos con aviones de combate de la Navy, la Armada norteamericana. Un buen día me notificaron que debía participar en unas maniobras conjuntas con la USAF. Destino: algún lugar secreto en los estados de Arizona o Nevada. Y, en efecto, nos llevaron a ciertas bases, pero no se trataba de unas maniobras militares. Era otro asunto... Para entrar en esas bases se necesita un nivel de confidencialidad muy alto.

—¿En qué trabajabas?

—Lo hacía con un metal experimental...

—¿Qué grado de confidencialidad tenías?

—El nivel más alto de secreto. Lo llaman «SI». Para que lo entiendas: es el grado máximo que utiliza el FBI y la CIA. Por encima de «SI» hay tres niveles más. El presidente del país está dos grados por encima mío.

—¿Y el nivel máximo?

—Ese corresponde a determinados jefes del Pentágono.

Amada —creo haberlo mencionado— era ingeniera aeronáutica y especialista en sistemas hidráulicos y en metalurgia.

—Para conseguir el nivel «SI» pasaron años investigándome. Lo saben todo sobre mí...

—¿Y no tienes miedo?

—No.

Y la ingeniera continuó su relato:

—Al llegar a una de esas bases secretas reunieron un grupo de cinco personas. Todos trabajaban en metalurgia, electrónica, telemetría, radiocomunicaciones y sistemas de armamento. Yo era uno de los cinco.

—¿En qué trabajabais exactamente?

—Estudiábamos y modificábamos los aviones F-14 y F-18. Mejorábamos su tecnología y el resto de los sistemas.

—¿Y qué pasó?

—Una mañana, muy temprano, nos metieron en un coche.

—¿A los cinco?

—Sí. Nos taparon las cabezas con capuchas y nos trasladaron a un lugar. Allí, siempre con los ojos cubiertos, embarcamos en un bus y, de este, pasamos a un helicóptero. Y terminamos aterrizando en una base de la USAF, en Nevada. Por cierto, una base nada secreta: se llama Fallow. En ese lugar, la Marina hace pruebas con sus aviones.

—¡Qué absurdo! ¿Por qué os taparon los ojos para llegar a un lugar conocido?

Amada se encogió de hombros. Y susurró:

—Así son los militares...

Una vez en la base de Fallow, la ingeniera y sus compañeros emprendieron un largo y penoso periplo a través de los desiertos de Arizona y Nevada.

—Volvieron a cubrirnos las cabezas y nos metieron en un pequeño bus —siguió explicando Amada—. Creo que nos drogaron. Tras las comidas, todo se hacía borroso. No recuerdo bien.

—¿Llegaste a ver el paisaje?

—Muy poco. Circulábamos por una zona desértica, rodeada de montañas nevadas. Deduje que rodábamos por Nevada o Arizona. Finalmente llegamos a un lago. Después, consultando mapas, supe que se trataba del lago Tahoe, en Nevada. Parecía un cráter. Allí no había nada; ni vegetación, ni pueblos, ni instalaciones de ningún tipo. Bajamos del bus y nos encontramos con unas pequeñas escaleras, labradas en la roca, que descendían hacia un búnker subterráneo. Era como la entrada a una mina... Todo muy primitivo y sin ningún tipo de vigilancia. Nada de nada. Aquello me pareció el fin del mundo.

—¿Cuántos descendisteis del bus?

—Nosotros cinco, el conductor, y el militar que nos escoltaba. Al bajar media docena de peldaños vimos a un hombre...

La interrumpí de nuevo.

—¿No había vigilancia en los alrededores de las escaleras?

—Ninguna.

—¿Y los del bus?

—Se fueron.

—No entiendo. ¿No había carretera?

Amada negó con la cabeza, e insistió:

—Nada de nada. Puro desierto. No había señalizaciones, ni rodadas de vehículos, ni alambradas, ni vigilancia... Todo estaba minuciosamente estudiado. Las escaleras, por ejemplo, no eran visibles desde el exterior. Necesitabas acercarte para descubrirlas. Y, naturalmente, tenías que conocer su ubicación.

—¿Y las montañas?

—Era lo único que destacaba. Nos rodeaban por todas partes. No había ruido. Puro silencio. No había viento, ni pájaros...

—¿Qué hicisteis?

—Antes de partir, el chófer del bus y el soldado de escolta retiraron las capuchas que nos cubrían y nos invitaron a bajar las escaleras de piedra. Y, como te digo, algo más abajo nos esperaba un hombre. Estábamos en un búnker. Tenía tres niveles. Todo olía a humedad. Todo era metálico: paredes, suelos y techos. Todo eran tuberías y ventanas como ojos de buey. Era un metal muy fuerte. En el primer nivel estaban los baños compartidos. Las habitaciones se hallaban más abajo, sin ventanas. Allí había de todo: toallas, sábanas, útiles de aseo... Como te digo, me impresionó el olor a humedad. Era un búnker que hacía de hotel. Allí dormimos. A la mañana siguiente, a las cuatro y media de la madrugada, pasaron a buscarnos. Nos metieron en un coche normal y corriente y nos dirigimos a la base secreta...

—¿Os taparon los ojos?

—No. Salimos del desierto y entramos en un desfiladero entre las montañas. Era un corte artificial en la roca, de unos diez metros de altura y cincuenta de ancho. Permitía la circulación en los dos sentidos. Calculé que la carretera, desde el búnker a la base secreta, podía tener unos tres kilómetros.